

EDITORIAL

Mucho se ha especulado en las últimas décadas acerca de los riesgos que ofrece, para la actividad del hombre en el campo de la ciencia, la abrumadora adquisición de conocimientos nuevos, fruto de la polifacética inquisitiva del ser humano. Parecería que, como ha sido señalado ya en enjuiciamientos parciales del problema, las aportaciones de la investigación científica estuvieran acumulando hechos y abriendo territorios de estudio en forma tan inexorablemente creciente, que a corto plazo pudieran desbordar la capacidad de la mente humana, empeñada en una lucha entre el poder de análisis y el esfuerzo de síntesis, para mantenerlos agrupados y sostener entre ellos un orden racional.

Uno de los riesgos en cuestión, quizá el más importante, es el de la incansante fragmentación de la actividad científica en áreas que sacrifican la extensión a la profundidad, convirtiendo al individuo en un idealista de la técnica que la ama por sí misma y que, ciego hacia la insustancialidad de sus éxitos, sobrestima los recursos de ejecución y olvida que ellos son solo un medio de alcanzar principios de universalidad muy superiores a la técnica misma, por más rutilante que a los ojos del mundo ella aparezca. Lo mismo el estetoscopio que la tinción de microorganismos, el trazo quirúrgico que la computadora electrónica, la reproducción de procesos enzimáticos que la necropsia, todos los procedimientos técnicos sólo valen en función de su capacidad de servir a objetivos lícitos y benéficos de la inteligencia humana. Al técnico puro, por más talentoso que aparezca, nunca lo separará una gran distancia de lo que es una máquina.

La intencionalidad analítica no justifica en sí misma la consagración de un intelectual superior al ejercicio técnico. Y si al hecho de descubrir nuevos conocimientos lo desproveemos de sus gratificaciones en aspectos de vanidad, prestigio o popularidad, ni siquiera en sí mismo se justifica o se explica pues nadie duda ahora de que el campo de la ignorancia es siempre infinito, por más hechos y elementos nuevos que se conozcan. ¡Pobre del investigador que se consagrara a descubrir por descubrir! Sería tan insensato como penetrar a una inmensa cueva buscando el fondo, encontrarse con la realidad de que a medida que se avanza se percibe que está más lejos el final, olvidarse por ello del objetivo primordial y sustituir a éste por veleidades como sería el vanagloriarse de haber

avanzado unos cuantos centímetros, cuando en realidad ese avance le ha permitido saber que el fondo está varios kilómetros más allá de lo que pudo haber imaginado. Para conservar su unidad y su dignidad, la investigación científica en Medicina ha de conservar la idea fundamental de que el objetivo es el bienestar y el progreso —en el concepto ético de éstos términos— de la Humanidad, y de que todo lo que la aparte de ello, reduce su jerarquía y la inhabilita como elemento positivo.

La evolución de los conocimientos humanos por otra parte, permite observar que el progreso no sólo es un acúmulo de lo que se va descubriendo. De tanto en tanto, la ciencia se enriquece con valores que, o bien cada uno sustituye un gran número de conocimientos hasta entonces dispersos, o bien hace desaparecer problemas que englobaban grandes capítulos de libros de ciencia. Tales son por ejemplo las bases biológicas señaladas por Lamarck desde 1809, la unidad celular evidenciada por Scheiden en 1838 y Schwann en 1839, la teoría de la evolución de Darwin en 1859, las leyes de la herencia de Mendel en 1865, las manifestaciones genéticas descubiertas por De Vries, la relación entre genes y enzimas mostradas por Beadle y Tatum, o la de los ácidos nucleicos con los genes, lograda a través del conocimiento de los virus y en especial del bacteriófago, en 1950, la síntesis del ácido desoxiribonucleico lograda por Kornberg en 1957 la sexualidad de las bacterias que Lederberg hizo patente en 1958. Y qué decir del descubrimiento de los bacteriostáticos y antibióticos, de los mecanismos que permiten introducir sangre y soluciones electrolíticas en el organismo, y de numerosos otros agentes diagnósticos y terapéuticos que son otros tantos ejemplos de que la investigación científica no sólo produce y almacena conocimientos sino que los organiza, los procesa, los interrelaciona y los suprime en tanta o mayor escala de lo que los crea.

Si este conjunto de reflexiones se entrelaza con el concepto de que la Medicina no puede desprenderse de su componente esencial que es el humanismo, que es una ciencia hecha por el hombre y para el hombre, que jerarquiza primero los valores del espíritu y supedita a ellos los de la tecnología, podremos determinar en qué medida el aumento y fragmentación de conocimientos hace legítima la especialización de las tareas del hombre. Para que éste se conserve como médico puede segmentar el campo de su acción y reducirlo más y más, pero solo hasta el punto en el que su trabajo conserve ad integrum los objetivos y las escalas de valores propias de lo médico, sin adulteraciones ni componendas. De esto deriva nuestra admiración y respeto por quienes investigan en Medicina metidos en el claustro de sus laboratorios y gabinetes, sin perder por ello el carácter de científicos médicos, no obstante estar privados del acicate espiritual que para el clínico representa su contacto permanente con el enfermo. Pero las mínimas tareas hechas con los implementos tecnológicos podrían convertirse en rutinas insustanciales y alejar de la Medicina al hombre, cuando este se borra del campo de visión del

investigador y solo queda —en toda su miseria y en toda su grandeza— el instrumento, que al fin y al cabo también ha sido fruto de la inteligencia humana. En ese momento, el sujeto deja de ser un especialista en Medicina, por más que conserve su grandeza como investigador. Que no se confunda al servir a la Medicina como ciencia de la salud del hombre, con el servirse de ella y utilizar su amparo a fin de cultivar objetivos que son completamente ajenos a ella.

Por suerte convivimos en una época en que, a diferentes velocidades según factores dependientes de cada medio y de cada país, parece entrar en auge la investigación en el campo de las ciencias fundamentales. El mundo intelectual ha comprendido —y empieza a emplear en ello sus recursos vitales— que en esas ramas básicas fincan sus raíces los conocimientos auténticos, que no obstante su aparente lejanía de los dominios de lo pragmático, el rendimiento que la inversión produce es con mucho superior al de la inversión directa en campos aplicativos, y que es en esos niveles donde puede lograrse la interrelación unitaria de conocimientos que contrarreste la dispersión que propician las especialidades. En esas ramas básicas encontrarán su principal factor de unidad las especialidades médicas, aún las de carácter clínico, y son además en las que más campean los atributos de la genuina investigación científica: la objetividad, el sentido crítico, el criterio de realidad, la intuición, la constancia, el aliento vital, el trabajo en equipo y la creatividad intelectual. Nuestro país requiere seriamente la comprensión de quienes poseen los recursos para el cultivo de la investigación y la enseñanza de las ramas básicas en todas las ciencias y muy particularmente en Medicina, pero antes necesita que los propios médicos comprendamos estas verdades. Imaginemos nuestros requerimientos al tener presente que por cada 10,000 habitantes hay en Francia ocho investigadores, en Estados Unidos veintidós y en la U.R.S.S. veinte. La Gran Bretaña consagra 2.7% del producto nacional a la investigación, la U.R.S.S. 3.75%, la Unión Norteamericana 3.6% y Francia 1.4%.

Si dentro del abrupto desarrollo y rápido progreso que ha tenido México en las últimas cuatro décadas cabe reconocer disparidades en los factores que determinan el camino ascendente, hemos de admitir también que la investigación científica de alto valor camina apenas, exigua, macilenta, perezosa, anémica, casi desfalleciente, con peligrosas crisis de agonía, escondida a veces en rincones oscuros, asomando otras entre relucientes edificios marmóreos, pero casi siempre incomprendida por quienes pueden ayudarla. Es mentira que la investigación científica en Medicina sea un lujo que no pueda permitirse un país en vías de desarrollo como el nuestro, porque entre otras cosas, ese criterio contribuiría a detener su desarrollo. La investigación está indestructiblemente ligada a la práctica de cualquier ciencia y es indisoluble de la enseñanza superior. Debe recibir un impulso en grande escala, sometido a un organizado proceso de coordinación que evite el desperdicio de energía y de recursos materiales, pero que facilite un desenvolvimiento científico a tono con el que en los demás renglones tiene nuestro

país, mediante una planeación realista, una mística académico-científica adecuada y un financiamiento razonable.

La Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México y las instituciones que con ella colaboran en la impartición de la docencia de nivel superior, han percibido el extraordinario beneficio de establecer programas para la preparación de especialistas en ciencias básicas y la introducción de materias de ese orden en los programas de todas las demás especialidades médicas que la propia Facultad imparte. Independientemente de las justificaciones que en aspectos técnicos existen para ello, este enfoque eleva grandemente el nivel institucional del ejercicio médico y la formación cultural del individuo, y también el medio ambiente percibe una indudable mejoría.

Desde el modesto lugar en el que nos coloca nuestra posición de militantes en el ejercicio clínico, desde esta tribuna académica y centenaria, immaculada y austera, incorruptible y solo interesada en el progreso auténtico de nuestra ciencia médica, deseamos expresar el clamor de una inquietud que campea en todos los ambientes médicos idóneos de México y una invitación —casi un toque de atención— para que los centros de enseñanza y estudio (universidades, institutos, hospitales, laboratorios), conjunten y organicen sus fuerzas con las de organismos oficiales y particulares, en el desarrollo de una promoción para la investigación médica básica en gran escala. Tal se merece México y tal se merece la ciencia universal.

DR. LUIS CASTELAZO AYALA